

sensible que tiene nuestra carne: es un material sentimiento causado por el sonido de las palabras que solemos conceder al mas desconocido, y al malhechor mas facineroso. Aun las mismas fábulas y ficciones trágicas, producidas por un ingenio vivo lleno de entusiasmo, suelen sacar las lágrimas de nuestros ojos; pero las lágrimas así vertidas no son otra cosa que humor y jugo que faltan al alma para que quede mas dura: nos testifican hombres, pero no nos acreditan cristianos. La compasion que debemos sacar de los dolores de María debe terminarse en un verdadero dolor de contricion, por el cual detestemos nuestras culpas pasadas, y hagamos un firme propósito de precaver las venideras. Esto es lo que desea de nosotros la afligida Señora, y a este fin nos propone la contemplacion de sus dolores nuestra madre la Iglesia. Debemos considerar aquella sentencia asombrosa que dijo Jesucristo á las hijas de Jerusalem cuando caminaba al Calvario, llevando sobre sus hombros todo el peso de los pecados del mundo. *Llorad, las dijo, sobre vosotras, y sobre vuestros hijos, porque si esto se hace en el leño verde, ¿qué se hará en el seco!* Si María santísima siendo madre de Dios, concebida sin pecado, llena de todas las gracias, y la mas pura é inocente que hubo ni habrá en los cielos ni en la tierra, padece tan terribles dolores, que no duda llamarlos la Escritura lazos de muerte, y dolores de infierno: ¿qué pueden esperar los cristianos cargados de iniquidades y sumergidos en el profundo cieno de todos los vicios? Temamos, pues, el rigor de la divina justicia, y sea este saludable temor el dichoso fruto que produzca en nosotros la consideracion de los dolores de María.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD DE LA SANTA VIRGEN MARÍA.

SAN NICOMEDES, presbítero y mártir, en Roma, en la vía Nomentana, quien como respondiese á los que le obligaban á sacrificar á los ídolos: «Yo no sacrifico sino á Dios omnipotente, que reina en los cielos;» fué azotado cruelmente con cordeles emplomados hasta entregar su alma al Señor. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN VALERIANO, mártir, en la diócesis de Chalons; al cual el presidente Prisco, lo hizo colgar y descarnar cruelmente con garfios de hierro; y viéndolo no obstante firme en confesar á Jesucristo, y con ánimo alegre é intrépido publicando sus alabanzas, lo mandó degollar.

SANTA MELITINA, mártir, en Marcianópolis en Tracia, la que en

tiempo del emperador Antonino y del presidente Antioco fué por dos veces llevada al templo de los ídolos, y como una y otra vez cayesen derribados los ídolos, fué colgada y azotada, y por último degollada.

LOS SANTOS MÁRTIRES MÁXIMO, TEODORO Y ASCLEPIODOTO, en Andrinópolis; los cuales fueron coronados con el martirio en el imperio de Maximiano.

SAN PORFIRIO, comediante, quien siendo bautizado por escarnio en presencia de Juliano el Apóstata, mudado de improviso por la gracia de Dios, confesó ser verdadero cristiano; y siendo luego degollado por orden del mismo emperador, recibió la corona del martirio.

SAN NICETAS, godo, en el mismo dia, fué quemado por orden del rey Atanarico en odio de la fe católica.

LOS SANTOS MÁRTIRES EMILA diacono, y JEREMÍAS, en Córdoba; los cuales en la persecucion de los árabes, despues de una larga y penosa cárcel fueron degollados por el nombre de Jesucristo. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN APRO ó EURO, obispo, en Toul en Francia.

SAN LEOBINO, obispo de Chartres, item.

SAN ALBINO, obispo, en Lion.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN AICHARDO, abad, en el mismo dia. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA EUTROPIA, viuda, en Francia.

SAN NICOMEDES, MÁRTIR.

EL nombre de S. Nicomedes ha sido muy recomendable desde el primer siglo de la Iglesia, y muy célebre en Roma entre los que dieron testimonio de la fe de Jesucristo, tanto por su constante confesion, como por el sacrificio de su sangre. Las noticias que tenemos del origen, vida y progresos de este ilustre mártir, aunque están complicadas con las de otros héroes del cristianismo en términos que no se pueden asegurar individualmente, con todo nos dan una idea de su gran sabiduría, de sus irreprehensibles costumbres, y de su sobresaliente zelo por la religión cristiana, en la que fortificaba á los creyentes, al paso que reducía á la fe á muchos paganos.

La paz que habia sucedido á la persecucion de Neron, que subsistió por espacio de catorce años en los reinados de Galva, Obton, Vitelio, Vespasiano y Tito, favoreció en gran manera á los fieles para reparar el horroroso estrago que habian sufrido antes, y reemplazar con la frecuente conversion de muchos fieles la pérdida de una multitud de creyentes que fallecieron en aquella desgracia. Sucedió en el año 81 de nuestra era, en el imperio Domiciano, monstruo horrible, *Porcion de Neron*, como le llama Tertuliano, no menos formidable que aquella fiera, ni menos

tirano ; quien para hacerse mas temible á los hombres , quiso que se le diese el nombre de Dios en todos los escritos que se le presentaban. No se espresan las causas que movieron á este inicuo principe para emplear su saña contra los inocentes cristianos , de quienes no podia esperar el efecto de aquellas aprehensiones que habia concebido contra el senado ; bien que se cree , que siendo , como era , adicto como ninguno á las supersticiones paganas , advirtiendo la multitud de idólatras que desertaban de ellas para alistarse bajo las banderas de Jesucristo , condenando la antigua religion de los romanos ; encendido en un furor extraordinario , protestó acabar , como decia , con la casa de David , y destruir el edificio espiritual de la Iglesia. Animado de esta impia intencion , espidió cruellísimos edictos á fin de esterminar , si pudiese , el nombre cristiano , en virtud de los cuales se llenaron las cárceles de Roma de personas de todas edades , sexos y condiciones , y en todas partes se oian los clamores de una infinidad de santos maltratados , afligidos , atormentados y crucificados. En esta constitucion lamentable se distinguió considerablemente el zelo de S. Nicomedes , presbitero de la Iglesia romana , cuyo ministerio le ofrecia muchas ocasiones para hacer grandes servicios á la Iglesia , socorriendo y alentando á los cristianos que eran perseguidos. En esto empleaba toda su autoridad , sus fatigas y sus trabajos. Animaba con sus exhortaciones y socorria con limosnas á los confesores de Jesucristo , de que estaban llenos los calabozos : mantenia á muchos que titubeaban en los tormentos , y fortificaba á no pocos que desmayaban á vista de los suplicios. Era el apóstol de los confesores y de los mártires , y si parecia que en cierta manera esponia las vidas de los innumerables que envió al cielo delante de sí , seguramente no fué por perdonar la suya ; pues se hallaba encendido en vivísimos deseos de ser partícipe de aquella dicha , que efectivamente era por la que suspiraba , estendiéndose su caridad , despues de los gloriosos combates de los mártires , á solicitarles los últimos deberes de la sepultura , á pesar de la vigilancia de los ministros paganos , que impedian se distinguiesen los venerables cadáveres de los de los escelerados que morian en pena de sus enormes delitos.

Fué arrojado el cuerpo de Sta. Felicula , virgen , á las cloacas despues de su glorioso martirio , que fué el premio de la constancia con que sostuvo la fe y defensa de su virginal pureza contra los mas violentos ataques del conde Flaco , ciegamente apasionado de su belleza , como lo habia estado antes de Sta. Petronila , á quien asistió el mismo Santo en su última enfermedad,



S. AICHARDO, ABAD.

suministrándola todos los sacramentos y auxilios para su feliz tránsito. Supo el conde que Nicomedes, en uso de su piadoso cuidado, habia estraído secretamente el cadáver de Felícula, y que lo habia sepultado en una pequeña posesion que tenia no muy distante de Roma: hizolo prender como á trasgresor de los edictos imperiales; sobre cuya culpa y la principal de la religion cristiana le fulminó causa. Quiso compelerle á que prestase adoracion á los ídolos; y como el Santo habia sido preceptor de tantos gloriosos confesores, que por su instruccion supieron refutar los discursos de los paganos, en una proposicion concisa respondió al tirano: *Yo no sacrifico sino á Dios omnipotente que reina en los cielos, no á los dioses falsos de piedras labradas, que se custodian en los templos como reclusos en las cárceles*; por cuya confesion fué sentenciado á que muriese apaleado, logrando en este castigo, que ejecutaron los verdugos con una crueldad inhumana, la apetecida corona del martirio en el día 15 de setiembre; y aunque no nos consta con certeza el año puntual de su feliz tránsito, sabemos que fué en tiempo de la persecucion de Domiciano.

Se dice, que habiendo sido arrojado el cuerpo al Tiber, le estrajo de él cierto clérigo llamado Justo, y le sepultó en el camino de Numento, donde se erigió despues una iglesia en honor del Santo, que fué uno de los títulos presbiterales de las de la ciudad; segun aparece por los Concilios romanos, en los que se leen las suscripciones á Ginés y Sebastian, presbíteros del título de S. Nicomedes, bajo cuyo nombre tambien hubo en Roma un cementerio, que fué acabado hácia el año 620 por el papa Bonifacio V.

SAN AICHARDO, ABAD DE JUMIEGES.

SAN Aichardo, á quien mas comunmente se le llama S. Achar-do, fué de las mas nobles familias de Poitou. Su padre Ansario se distinguió mucho en los ejércitos en tiempo del rey Clotario; y su madre Ermena aun era mucho mas distinguida por su sobresaliente piedad entre las señoras de aquella provincia. Tomó á su cargo dar á su hijo una cristiana educacion, y este cuidado tuvo el suceso que se podia desear. Halló en Aichardo un natural tan feliz, un corazon tan inclinado á todo lo bueno, y un genio tan suave, tan apacible y tan dócil, que dejaron poco que hacer á la educacion estas bellas inclinaciones naturales. Luego que tuvo edad para comenzar sus estudios, se le puso á pension en el monasterio de S. Hilario de Poitiers bajo la disci-

plina de un santo monge llamado Ausfrido, aun mas acreditado por su virtud que por su sabiduría. Hizo en breve tiempo tantos progresos en la escuela de aquel célebre maestro, que su padre le sacó de ella á impulsos de su espíritu marcial, para que se ejercitase desde luego en el manejo de las armas, destinándole al servicio del rey; con seguridad de que se haria digno de los mayores empleos. Pero eran muy diferentes los pensamientos de la virtuosa madre sobre la fortuna de su hijo. Todo su deseo era verle santo, y no cesaba de representar á su marido, que si querian bien á su hijo, no debian solicitarle otra fortuna. Estando en esta piadosa contienda, llamaron á Aichardo, que á la sazón contaba solos diez y seis años; y declarándole su padre con toda resolucion que le tenia destinado para la carrera de las armas, sin consultar su inclinacion, le respondió el hijo con respetuosa sumision, que siempre le encontraria rendido á su voluntad, no teniendo mayor satisfaccion que ejercitarse en obedecerle con el mayor rendimiento; pero que le habia de permitir hacerle presente con el mas profundo respeto, que tenia por cierto no era la voluntad de Dios que se quedase en el mundo; pues habiendo entendido á los siete años de su edad que su madre le habia consagrado con voto al servicio del Señor, hallándose en peligro de la vida al tiempo de darle á luz, él mismo habia ratificado tambien el voto de su madre; prometiendo á Dios no servir á otro rey que á su Majestad. Movidó el padre de un discurso tan juicioso como cristiano, no pudo contener las lágrimas; y mudando de tono, le dijo: *No puedo, hijo mio, oponerme al partido que has tomado, siendo tan bueno. Bien merece Dios ser preferido á todos los monarcas de la tierra; y puesto que has determinado consagrarte absolutamente á su servicio, tienes para eso no solo mi consentimiento, sino tambien mi bendicion.*

Oblenida esta solo pensó Aichardo en poner en ejecucion sus piadosos intentos. Ya desde los diez años hacia una vida enteramente religiosa. Su piedad, su frecuente retiro á la oracion, su tierna devocion á la santísima Virgen y sus penitencias eran superiores á la edad; y así nunca perdió el candor de la primera inocencia. Por la fama que tenia á la sazón el monasterio de S. Jovin en las estremidades del Poitou, se resolvió á entrar en él, y muy desde luego se dejó admirar de todos su virtud, tanto que los monges mas ancianos, al ver los maravillosos progresos que hacia en el noviciado, pronosticaron que seria con el tiempo una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Hallándose sus padres sin herederos, pasaron al monasterio, y le hicieron donacion de todos sus bienes; pero nuestro Santo, que todos los habia abandonado cuando volvió las espaldas al mundo, les dejó libre la disposicion de todos; en cuya virtud los devotos padres fundaron un monasterio en una de sus posesiones, llamada Quinzay, á legua y media de Poitiers, poniéndole bajo la disciplina de S. Filberto, abad de Jumieges, que huyendo de la persecucion de Ebroin, mayordomo del palacio, celebró mucho encontrar aquel asilo. Luego que se acabó la fábrica del monasterio, noticioso S. Filberto del mérito y de las prendas de Aichardo, le nombró por su primer abad; y á pesar de la resistencia que hizo su humildad á tan acertada eleccion, le fué preciso obedecer, siendo en breve tiempo el nuevo monasterio de Quinzay modelo de observancia á los demás monasterios de todo el reino.

Pero como Ebroin nunca quisiese permitir que S. Filberto volviese á Jumieges, fué preciso pensar en otro abad para este monasterio; cuyos monges, movidos de la reputacion de nuestro Santo, le pidieron por superior. Pareció espedito dictado del cielo; porque S. Filberto estaba libre para suceder en Quinzay á S. Aichardo, mientras S. Aichardo sucederia en Jumieges á S. Filberto. Solo restaba vencer la resistencia de Ansoaldo, obispo de Poitiers, á quien costó mucho trabajo reducir á que consintiese en que nuestro Santo saliese de su obispado. Pero S. Filberto, que consideraba el monasterio de Jumieges como la principal y la mas perfecta de todas sus fundaciones, nunca se pudo resolver á ceder su gobierno en otro que en S. Aichardo, cuya virtud tenia tan conocida. Contentóse, pues, con quedarse de monge particular en S. Quinzay; y renunciando la abadia de Jumieges en favor de S. Aichardo, se vió este precisado á mudar de monasterio. Pasó á Ruan para recibir la bendicion de su arzobispo S. Oven, y desde allí partió á Jumieges, donde encontró á novecientos monges, que se consolaron muy en breve por la pérdida de su primer abad S. Filberto, conociendo la santidad y el mérito de su digno sucesor.

No les hizo á los principios otra alguna exhortacion que la de sus ejemplos; mudas, pero á la verdad eficacísimas lecciones. Los monges, viendo su frecuente trato con Dios en la oracion, su compostura, su modestia, su grande suavidad y su penitente vida, deseaban con ansia oír hablar al que veian obrar con tanta edificacion. Hizoles, pues, unas pláticas espirituales tan eficaces y tan fervorosas; exhortólos al amor de Dios y de la santísima Virgen con tanta elocuencia y con tanta mocion; hablólos de la

abnegacion de sí mismos, del olvido del mundo y de todo lo criado con tanta energia, que visiblemente se reconoció tan aumentado el fervor y el ejercicio de todas las virtudes en aquella numerosa comunidad, que entre mas de novecientos monges que se contaban en ella habia pocos que no hiciesen milagros.

Al santo abad le habia concedido el cielo este don muchos años antes. Estando un dia en oracion dentro de su celda, vió al demonio que con un hacha de fuego estaba dando por el pié á un árbol muy corpulento, debajo del cual estaban trabajando los monges, para que al golpe de él quedasen muertos algunos. Pasó al punto al mismo sitio, hizo la señal de la cruz, ahuyentó de allí al enemigo, y mostró á los religiosos el árbol quemado y medio cortado por el pié, que despedia de sí un olor de azufre intolerable. Propusieron al santo abad si queria que le acabasen de cortar para quitar al enemigo aquella ocasion de hacerlos daño. No, hermanos míos, respondió el Santo; dejémosle asi para monumento del beneficio que os hizo el Señor librándoos de la malicia del enemigo de la salvacion. Siempre que le veais servirá para renovar vuestro reconocimiento, y para advertiros que debeis estar continuamente prevenidos contra los artificios del espíritu maligno.

Acostumbraba el Santo, despues que los monges se recogian en sus celdas, visitar todos los dormitorios con la cruz y el agua bendita, para espeler de ellos al espíritu de las tinieblas, que está siempre armando lazos á los siervos de Dios, pero con especialidad durante el sueño de la noche. Tuvo en esta piadosa funcion muchas visiones, de las cuales se valia oportuna y provechosamente para conservar aquel prodigioso número de religiosos en el fervor, en la mas exacta observancia y en el candor de la inocencia, á pesar de los esfuerzos que hacia el infierno para inducirlos á la relajacion. Conociendo en un éstasis que ya solo le restaban algunos meses de vida, aumentó la oracion, las devociones y las penitencias.

Hallábase un dia en oracion con todos los monges, y de repente sintió traspasado su corazon de un vivísimo dolor con el temor que entonces le asaltó de que despues de su muerte aquellos hijos suyos, que con tanto desvelo habia criado en el ejercicio de las mas heróicas virtudes, no viniesen poco á poco á relajarse, decayendo de aquella elevada perfeccion á que habian ascendido, con las gracias que les habian conseguido del cielo sus exhortaciones, sus cuidados y sus ejemplos. Vivamente preocupado de esta aprehension, se sintió movido á pedir fervorosamente al Señor que antes de su muerte fuese servido de llamar á sí á

todos aquellos que despues de ella corrian peligro de relajarse y de perderse. Fué oida su oracion; la noche siguiente, estando el santo abad en el coro con todos los monges, vió un ángel vestido de blanco, rodeado de una luz resplandeciente, con una varilla en la mano, y que iba tocando con ella á muchos religiosos. A otro lado vió un espantoso demonio arrojando fuego y llamas por los ojos, lleno de rabia y de furor, que hacia horribles contorsiones. Asombrado con esta vision, y pensando lo que podia significar, oyó al ángel que estaba reprendiendo severamente al demonio porque tenia atrevimiento de parecer en tan santo lugar, y en medio de aquel crecido número de verdaderos siervos de Dios, que por su perfecta obediencia á la menor insinuacion del superior, por su profunda humildad, por su exacta observancia y por los continuos rigores de su penitencia, se habian conservado en una gran pureza de costumbres; y cuyos nombres tenian la dicha de estar todos escritos en el libro de la vida. Acercándose despues al santo abad, le dijo: *El Señor ha oido tu oracion: advierte á todos los que toqué con la vara que se dispongan á parecer dentro de cuatro dias ante el tribunal de Dios, y á los otros que los han de sobrevivir, que cada dia vayan creciendo en fervor para conservar su inocencia.*

Concluido el oficio, juntó el abad á todos los religiosos, refiriólos su vision, y sin nombrar á alguno de ellos en particular, exhortó á todos á disponerse para acabar dichosamente su carrera. Fácil es de discurrir cual seria la alegría de aquella predestinada tropa de fervorosos siervos del Señor, y con qué fervor, con qué devocion se dispondrian todos para morir dentro de cuatro dias con la muerte de los justos. Pasáronlos todos en el ejercicio de las virtudes mas perfectas; confesáronse como para morir, y la noche que precedió al dia cuatro la pasaron toda en la iglesia. Al amanecer el dia siguiente recibieron todos la sagrada Eucaristia; mandó el santo abad que se cantasen algunos salmos, y estando todos en oracion, cerca de ochenta monges pasaron tranquilamente al descanso del Señor: poco tiempo despues espiraron otros muchos con la misma tranquilidad; de manera, que en aquel dia murieron con la muerte de los santos ciento y cincuenta monges; pero con la circunstancia de que no se reconoció su muerte sino por una especie de relámpago ó de resplandor que bañaba de luz los cadáveres. Los que quedaron vivos, llenos de una santa envidia á los que habian logrado tan dichosa suerte, doblaron su fervor de manera, que ya se consideraba el monasterio de Jumieges como una casa de ángeles humanos. Fué enterrada con la mayor devocion toda aquella tropa

de bienaventurados que habian muerto con la muerte del Señor. No los sobrevivió mucho nuestro Santo. Teniendo revelacion del dia en que habia de seguir á sus hijos, empleó los siete que faltaban de vida en instruir á todos sus religiosos en todo aquello que podia adelantar ó retardar su perfeccion; en enseñarles los medios de prevenirse y de armarse contra el tentador, y en exhortarlos á una perfecta caridad, á una continua mortificacion, á una exacta observancia, á una delicadeza de conciencia cada dia mayor, á una amorosa y tierna confianza en Jesucristo y en la santísima Virgen, bajo cuya especial proteccion habia puesto el monasterio, y al constante ejercicio de todas las virtudes. El mismo dia de su muerte, aunque ya casi sin fuerzas, y estremamente debilitado por las violentas accesiones de una ardiente calentura, que habia disimulado hasta entonces, juntó á todos los monges, y haciendo el último esfuerzo, los habló de esta manera: *Amados hijos míos, tened siempre en la memoria mis últimos consejos, y como el testamento de vuestro moribundo padre. En nombre de nuestro divino Salvador Jesucristo os amonesto y os conjuro que os ameís los unos á los otros, sin dar jamás entrada en vuestro corazon á la mas mínima cosa que pueda enfriar ni alterar aquella perfecta caridad que es en parte el carácter de los escogidos. En vano habriais pasado vuestros largos dias en el ejercicio de las mas heroicas virtudes; en vano os habrian nacido las canas bajo el pesado yugo de la mas rigurosa penitencia; bastaria tener aversion al mas mínimo de vuestros hermanos para irritar contra vosotros el corazon de Dios. Ni aun el martirio mismo seria suficiente para hacerlos agradables á sus divinos ojos si no amárais de corazon á vuestros hermanos. Conservad siempre entre vosotros esta fraterna caridad, que es como el alma de todas las comunidades.* Al pronunciar estas últimas palabras levantó los ojos y las manos al cielo, y murió con la muerte de los justos el dia 15 de setiembre del año del Señor de 680, cerca de los sesenta y tres de su edad. En vida habia sido muy célebre en sus milagros, pero lo fué mucho mas en muerte por la multitud de ellos que obró el Señor en su sepultura. Edificóse en Jumieges una iglesia dedicada á su nombre, pero en la irrupcion que hicieron los bárbaros en el pais fueron llevadas sus reliquias á Habres, entre Cambray y Valencenas, las que despues pasaron á poder de los monges de Wast en Arras.

SAN EMILA Y JEREMÍAS, MÁRTIRES.

Los santos Emila y Jeremias eran naturales de Córdoba, de ilustre cuna, y criáronse en la iglesia de S. Cipriano cuando los moros regaban aquel suelo con sangre de mártires. En nada mostraron tanto su nobleza como en la hidalguia de la virtud, á la cual añadieron el estudio de las ciencias: ambos eran iguales en el ingenio y en las costumbres. Emila seguia la Iglesia, y se ordenó de diácono; Jeremias siguió en el estado secular; pero el uno y el otro aprovecharon en el conocimiento de la lengua arábica con el designio de conquistar el cielo con la palma del martirio. Moviólos nuestro Señor á que de su propio motivo, sin ser instados ni perseguidos de nadie, despreciando sus vidas, se presentasen al juez, y se declarasen por cristianos y enemigos de su secta. Tras esto descubrieron y condenaron los desatinos grandes del Coran, especialmente el santo mozo Emila con la autoridad del diaconado cargó la mano en las blasfemias de Mahoma con tanto zelo y energia, que respecto de ellas estimaron en poco los agarenos cuantas los mártires precedentes habian dicho.

Cegáronse los moros con esta luz celestial que salia de las palabras de Emila: atemorizábalos el denuedo con que estos hombres daban la vida en defensa de su fe. Llegaron á deliberar si les convendria acabar de una vez con todos los cristianos y destruir su generacion. Con esta ira y temor los tuvieron algunos dias bien apretados en la cárcel; pero viendo que en lugar de abatir el valor de los dos jóvenes, se aumentaba cada dia, los degollaron á 15 de setiembre del año 852. Dice S. Eulogio que habiendo estado aquel dia el cielo muy claro y sereno, al punto mismo que degollaron á los siervos de Dios, queriendo el Señor manifestar su indignacion por la injusticia de aquel castigo, se oscureció el aire y sobrevino una tempestad tan furiosa de truenos formidables, y de encendidos relámpagos, que parecia querer Dios aniquilar á Córdoba; mas no por esto dejaron los moros de continuar en su bárbara costumbre, en fuerza de la cual colgaron en unos palos los cuerpos de los dos insignes mártires á la vista de la ciudad, para que sirviesen de escarmiento. Despues por órden de Abderraman fueron echados con los de san Rogelio y Servio Deo que padecieron en el siguiente dia, á una ardiente hoguera, á fin de que quedasen reducidos á cenizas; las que recogidas por los cristianos, se depositaron en

lugares sagrados, donde les tributaron la veneracion correspondiente.

A S. Emila llaman algunos Emilia y otros Emiliano, siguiendo el breviario antiguo de Córdoba.

La misa es de la octava de la Natividad de la Virgen, y la oracion la que se sigue:

Te suplicamos, Señor, concedes á tus siervos el don de la gracia celestial, á fin de que á aquellos, para quienes fué el principio de salud el parto

de la bienaventurada Virgen, les dé un aumento de paz la votiva solemnidad de su nacimiento. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 8 de los Proverbios, y la misma que el día VIII, pág. 184.

REFLEXIONES.

El Señor me poseyó al principio de sus caminos. Por toda la eternidad fué la santísima Virgen objeto digno de las complacencias de Dios por haber estado en gracia todos los instantes de su vida á favor de un privilegio verdaderamente singular; y por consiguiente haber sido siempre agradable á los ojos del Señor, y mirada siempre como hija querida del Padre, como verdadera madre del Hijo, y como esposa sin mancha del Espíritu Santo. Por los caminos de Dios se pueden entender aquellas obras ú operaciones divinas que se llaman *ad extra*; esto es, estériles ó estrínsecas al mismo Dios, como la creacion de los ángeles y de los hombres, el inefable misterio de la Encarnacion, y aquellas maravillas ordinarias, por las cuales se manifiesta Dios á nosotros y nos habla. Poseyó, pues, Dios á María, amó Dios á María de un modo singular al principio de sus caminos; porque la tuvo presente en todas sus divinas operaciones, en todos sus misterios. Siendo el misterio de la Encarnacion como el último esmero de la bondad, de la misericordia, y de todo el poder de Dios, y habiendo de tener María tanta parte en este admirable misterio, no podia dejar de estar presente á sus divinos ojos, como la mas cumplida, la mas perfecta, la mas noble, la mas santa y la mas respetable de todas las puras criaturas. No hubo instante alguno de su santísima vida en que Dios no dijese de ella: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Toda eres hermosa, amada mia, y no se hallará en tí

la menor mancha. Esto es lo que Dios ama, lo que Dios celebra, lo que Dios estima, y con esto mismo premia el Señor sus propios dones. Solo ama y solo aprecia Dios la inocencia. Aunque estuvieras dotado de las prendas mas brillantes; aunque Dios te hubiera colmado de sus mas preciosos dones, estimaria Dios estos mismos dones; pero cuando no es pura y santa la persona en quien los derrama, desprecia y aborrece á esa persona. Salomon estaba dotado de eminente sabiduría; Judas habia recibido el don de hacer milagros; pero Salomon y Judas mancharon su alma con la culpa, y en el mismo punto se hicieron execrables á los ojos de Dios, objeto infeliz de su mas terrible cólera. ¿Mas qué caso se hace, mi Dios, en el mundo de este preciosísimo tesoro, de esta inestimable prenda de la inocencia? Se la espone sin temor, se la sacrifica sin dolor, y se deja perder sin remordimiento. Sin embargo, ¿qué prenda merece estimacion sin este precioso lustre? ¿qué verdadero mérito puede haber sin inocencia? y sin la inocencia ¿dónde se hallará virtud? ¿El que está en desgracia de Dios debe gloriarse mucho de tener á su favor la estimacion y los aplausos de los hombres? ¿de qué servirán los favores de los grandes á quien es objeto de horror á los ojos de Dios?

El Evangelio es del cap. 1 de S. Mateo, y el mismo que el día VIII, pág. 186.

MEDITACION.

De la devocion á la santísima Virgen.

PUNTO PRIMERO. — Considera que solamente los herejes dejan de amar á la santísima Virgen, y solos ellos desapruueban el culto que se la rinde. Siendo enemigos del Hijo, era preciso que lo fuesen de la Madre. Por eso no sin razon canta la Iglesia cada dia que esta Señora sola esterminó todas las herejias: *cunctas hæreses sola interemisti.* Siempre nace el error con cierta secreta aversion contra la Madre de Dios, y necesariamente va derramando la herejia este veneno en el corazon de sus secuaces. Es cosa rara; por mas que los herejes se esfuerzen á disimular su odio contra la santísima Virgen, siempre asoma la cara por entre los mismos elogios que algunas veces afectan tributarla. Son unas alabanzas secas y escarnadas, enteramente especulativas, que solo sirven para sufocar aquel culto interior, aquella devocion pura y práctica, aquel sincero y real amor que se la debe. Muy diferente es la conducta de nuestra reli-